



Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera  
n° 316 (2ª Época). Enero 2019.

**“Queremos que España recobre resueltamente el sentido universal de su cultura y de su Historia....”**

EN ESTE NÚMERO:

- 1. Han purgado a otro fascista. *Manuel Parra Celaya***
- 2. El humanismo personalista, un paralelismo entre José Antonio y Emmanuel Mounier (I). *Eduardo López Pascual***
- 3. España planta cara a su Leyenda Negra. *Vidal Arranz***
- 4. Una guía hispanófoba para *dummies* independentistas. *Alfonso García Figeroa***
- 5. El correo de Tánger de Fernando de Artacho. *María Fidalgo Casares***

Tras la acusación de lesa *fascismo* al Almirante Cervera y al general Weyler, y de la consiguiente represalia de borrar sus nombres del callejero barcelonés, así como la eliminación de la estatua de Antonio López, Marqués de Comillas, y de la supresión de la placa de 1841 al empresario Francesc Puigmartí, entre otras lindezas, los *progresistas* de Cataluña han lanzado su anatema contra otro personaje histórico: me refiero a don Gaspar Melchor de Jovellanos (1744-1811), asturiano él para mayor inri, porque nos imaginamos que habrá pesado mucho en el castigo carecer del pedigrí que exigen los acólitos de Quim Torra.

Resulta que en mi ciudad y en mi barrio existía un colegio de Enseñanza Primaria de ese nombre; de su eficacia educativa y buen hacer puedo dar fe, porque a él asistieron mis tres hijos en épocas ya lejanas. En un principio, abría su matrícula especialmente para alumnos cuyas familias podían estar de paso, como miembros de las Fuerzas Armadas y Cuerpos de Seguridad del Estado, funcionarios de la Administración Civil y personal de Consulados; por esta razón, en los primeros tiempos de la *inmersión lingüística*, la enseñanza se daba prioritariamente en castellano; posteriormente, la cosa cambió, fue entregado a la Generalidad mediante convenio y se convirtió en un centro *normal*, esto es, totalmente *inmerso* en la *lengua oficial* y sujeto a las curiosidades de los *experimentos pedagógicos*. Pero quedaba el nombre del prócer ilustrado, filántropo y patriota que llegó a presidir la Junta Suprema Central en la Guerra de la Independencia.



Me entero de que, con fecha de primeros de diciembre, la *comunidad educativa*, en *democrática* votación, ha decidido apearle la denominación, debido a la *mala imagen* (sic) que había heredado el colegio *entre los vecinos del barrio* (¿). Ahora, en el colmo de la cursilería que suele acompañar a los *progresistas* y partidarios de *renovaciones pedagógicas* al uso, se llamará *Escola de les Aigües* (escuela de las Aguas), no sabemos si menores o mayores...

Desde luego, se trata de un castigo bien merecido para quien fue un tremendo *fascista*, representante de la *España opresora*; entre los partidarios del cambio de nombre no nos extrañaría que figuraran quienes, en su ignorancia supina, lo llamaban *los Jovellanos*, creyendo que se trataba de una orden religiosa, como las teresianas, los jesuitas o los agustinos...

Dicen, en cambio, los historiadores que a don Gaspar Melchor de Jovellanos le distinguieron *el sentido de la responsabilidad, la conciencia escrupulosa, una viva curiosidad por todo, el patriotismo, la rectitud moral y un puro respeto al deber*, características que prueban sobradamente la acusación y la justicia de la medida de eliminar su nombre de un centro educativo.

Además, Jovellanos tuvo serios problemas con la Inquisición y fue Ministro de Gracia y Justicia hasta su destitución por el abúllico y tontorrón de Carlos IV y sufrió prisión infamante en la Cartuja de Valldomosa y en el Castillo de Bellver. Liberado a la caída del rey, José Bonaparte le ofrece la cartera de Interior, que él rechaza y se pone decididamente al lado de los patriotas que combaten a las tropas invasoras, en tanto que inquisidores, jueces y delatores se pasaban abiertamente al bando de los afrancesados.

El general francés Horacio Sebastiani le escribe una *carta* en la que muestra su extrañeza porque él, *de ideas liberales* y lleno de propuestas para la *regeneración de España*, haya tomado partido contra Napoleón su hermano. La respuesta de nuestro asturiano es resuelta y sobradamente conocida: *Señor General: Yo no sigo un partido. Sigo la santa y justa causa que sostiene mi patria (...). No lidiamos, como pretendéis, por la Inquisición, ni por soñadas preocupaciones, ni por el interés de los Grandes de España; lidiamos por los preciosos derechos de nuestro rey, nuestra Religión, nuestra Constitución y nuestra independencia (...). El deseo y el propósito de regenerar la España y levantarla al grado de esplendor que ha tenido algún día y que en adelante tendrá es mirado por nosotros como una de nuestras principales obligaciones.*

Así pues, problemas con la Inquisición de su época y problemas con la Neo-Inquisición del *progresismo* en la nuestra; problemas con el poder político en su momento y nuevos problemas con el poder político nacionalista hoy en día.

Como tantos otros, cuyos nombres son implacablemente borrados de nuestra historia y, especialmente, de la enseñanza a las nuevas generaciones de españolitos que pasan por las aulas, para los cuales no debe existir otra *memoria* que la que decretan los inquisidores encaramados en los sillones del poder.

Parecen adecuadas, en este momento histórico, las palabras que Jovellanos escribió para sus inacabadas Memorias: *Y aunque es para mí muy dulce la esperanza de que mi nombre no quede sepultado en el olvido, no es porque crea que será celebrado con aplauso, sino recordado con lástima y ternura.*

No solo *con lástima y ternura*, sino con la aclamación rotunda de quienes nos oponemos a que una nueva inquisición, a que los ignorantes y los aviesos sepulsen en el olvido a tantos españoles que consideramos adelantados en el propósito actualísimo de levantar, de entre las ruinas de esta España inculta y manipulada, los cimientos de otra España, regenerada de raíz y verdaderamente ilustrada.

Fueron casi de la misma quinta, como dirían los clásicos populares al hablar de los años de alguien. y así ocurre en Emmanuel Mounier, que nació en la Francia de 1905, y de José Antonio Primo de Rivera- no hace falta poner más apellidos-, que venía al mundo en Madrid, en 1903, un par de años antes que el pensador francés; ambos, dos de los personajes más importantes que heredamos del siglo pasado, con lo que ya entrevemos alguna coincidencia que aunque parezca accidental en su valoración, nos aproxima a su posterior desarrollo existencial. Al interesarme en este empeño, plasmar la proximidad intelectual y emotiva de nuestros personajes, y la posibilidad de reseñar aspectos fundamentales del humanismo como *leitmotiv* en la praxis del mismo, y todo, desde una doble visión intelectual correspondiente a dos de sus más singulares exponentes, creí útil una exposición que pusiera de manifiesto unas coincidencias que quizá no se hubieran atendido antes, cómo sería, tal como pienso, el camino paralelo que supone la acción reflexiva de estos protagonistas, Emmanuel y José Antonio, de indudable ámbito intelectual, social y político como muy bien certifica la historia.



Se podría decir aquí, y cuestionarse, por qué entra en estas reflexiones, el hecho de presentar una imagen paralela de dos personajes tan especiales como fueron ellos, aparentemente próximos en el espacio y aún más, en su cosmovisión; sin embargo cualquier analista o estudioso de ellos, tendría que partir de la creencia que los dos profesaban sobre unos valores comunes, y en algo tan concreto y trascendente como es y será siempre la consideración humanista de la persona, del hombre como sujeto esencial en la entidad y la realidad del género humano, su coincidencia en la interpretación del género humano ante la vida y la historia que, para nosotros, es razón suficiente para entender un paralelismo incontrovertible en José Antonio Primo de Rivera y Emmanuel Mounier.

En realidad, cuando hace ya muchos años, desde 1930, se tuvo conciencia de la presencia sociopolítica del pensador francés en su país, la Francia de entreguerras, en España surgía a la vida política -aunque se le consideraba un outsider entre los profesionales del

momento-, un hombre predestinado directamente hacia la acción política y que se le conocería simplemente por José Antonio. Porque fue precisamente entonces, cuando participa, ese mismo año, 1930, en un acto en Bilbao en defensa de su padre el dictador Primo de Rivera, y abre su estreno político en un mitin de la Unión Monárquica Nacional, junto a otros representantes de aquella ideología, compromiso que nacía paralelo a la decisión intelectual de Emmanuel Mounier, quien luego de venir a España para estudiar a nuestros Místicos, siguió el consejo de Maritain- tal como lo cuenta Jean Marie Domenech-, y estudia a Charles Peguy, circunstancia que le induce ya de modo preferente a convertirse en un pensador que “no quiere permanecer con las manos limpias”. en este caso inactivas. Es decir, que como el primer Marx anotaba, “Había que obrar más desde la acción y no quedar solo en pura filosofía”. De manera que Mounier, lector del filósofo alemán, inicia su andadura social y política procurando volcar su vocación con su compromiso social, obrero y revolucionario de Peguy. En este sentido José Antonio, en forma paralela, ya había formulado la idea de unir acción y reflexión. “La acción sin reflexión es pura barbarie”, declaraba en sus discursos.

Pero para Mounier, este vuelco de su personalidad, estudioso y analítico, que mantenía no obstante su preocupación ante los problemas humanos que presentaba el universo campesino y obrero, se trocó en determinación. Al fin y al cabo él mismo era originario directo de una familia de campesinos y suscribió un modo activo, a raíz de la muerte de su amigo Jorge Barthelemy, testigo inusual del camino que iba tomando Mounier en tanto conoció, a través de la ACIF, los estragos de un proletariado de miseria y hambre. Observamos entonces otra ventana sobre el paralelismo de José Antonio y Mounier, cuando se recuerda el asesinato de Matías Montero, aunque fuera un tiempo después, que supuso para el fundador falangista una catarsis humana y social que originó en gran medida la realidad de su responsabilidad política.

De otro lado, quizá como el pensador de Grenoble, José Antonio tuvo en sus primeros años de profesional como letrado, junto a las intervenciones de Francisco Bergamín, un claro reconocimiento, al considerarlo este, a los 22 años de edad. como una de las glorias de la abogacía española. Tuvo también la ocasión de revisar sus principios políticos, algo que evidentemente lo prepararía, con toda seguridad, para otras exigencias más comprometidas. Sin duda, y con edades parejas, los dos personajes de este humanismo que tratamos, coincidían ahora en el tiempo y en un horizonte social que se les presentaba. Como se vería más tarde José Antonio disponía de una formación religiosa, católica, al igual que supo tener nuestro referente en Francia, y que le iba a inspirar en adelante gran parte de su actitud política, en dónde se esfuerza por dar un contenido cristiano a toda su teoría social, algo que tendría mucho parecido con el convencimiento cristiano comprometido en la acción temporal de Emmanuel Mounier, según el ejemplo asumido de C. Pegui como nos indica Françoise Gouguel (uno de sus biógrafos) a la hora de establecer su pensamiento que podríamos decir que constituía un cuerpo de filosofía política, eso sí, procurando en todo momento separar



religión y política. Una idea que era paralela al criterio del fundador falangista. En esto, Mounier a través de sus escritos en La revista *L'espriu*, de marzo de 1933, quiere ser contundente. “Ruptura entre el orden cristiano y el desorden establecido”.

Principio que, cercano en el tiempo, señalaría José Antonio en los Puntos de la Falange, y de manera concreta en el 25, que textualmente rezaba: “La Iglesia y el Estado concordarán sus facultades respectivas sin que se admita intromisión que menoscabe la dignidad del Estado o la integridad nacional”, una redacción que, por ejemplo, supondría la salida de Falange Española de algunos miembros tan controvertidos como el Marqués de la Eliselda.

Los dos humanistas, José Antonio y Mounier compartían una interpretación paralela del hombre y de la mujer, como valores compactos y nunca desgajados de su realidad ni de su integridad personal. En José Antonio aparecía “El hombre como portador de valores eternos!”. Defendía también, y de ahí otra coincidencia con el pensador francés, al hombre, “como eje del sistema” similar al principio Mounieriano de situar a la persona en el “centro de toda ética”, y por ello su caminar paralelo desde un principio. Mounier escribía que el hombre era un ser irremplazable inserto en el mundo. Así podemos sugerir que tanto Mounier como José Antonio tuvieron que arrostrar parecidas experiencias, incluso en la realización práctica de poner negro sobre blanco las propias iniciativas ideológicas: así las dificultades del político galo en la presentación de su revista *L'espriu*, se correspondían con los obstáculos de todo tipo, también violentos, que sufría el líder falangista en la publicación y distribución del periódico “Arriba”. Sin duda aquí, era evidente un paralelismo, ahora accidental, pero que contribuía para justificar esta definición que damos para uno y otro políticos.

Claro que el Paralelismo que apuntamos no se queda ni se podía quedar, en unas ilusiones más o menos próximas alrededor de una tertulia o cualquier revista, sino que todo se basaría en una cosmovisión mucho más trascendente, es ante todo, la aportación filosófica y política a una sociedad en crisis que por los años 30 se instalaba en toda Europa; era por encima de otra moda, la interpretación original de un compromiso frente a las dos fuerzas predominantes en el momento: por un lado, una izquierda marxista, y por otro, el capitalismo liberal. En este sentido se comprende el intento de crear una tercera fuerza, la *Troisienne Force*, que como sucedería con otras agrupaciones de la Derecha (Sotelo en España), se irían al traste por motivos casi siempre espureos, de incompatibilidades e independencia.

Nosotros anotaríamos aquí una nueva muestra de ese caminar juntos, aunque cada uno desde su propia realidad social y nacional, un camino que por otra vez, con la prueba existencia joséantoniana; en tanto que Mounier sufre la censura y hasta el cierre de su revista, entre 1940 y 41, por el Gobierno de Vichí, el español padeció años antes- 34, 35 36, la clausura de sus órganos de propaganda. ocurriendo que no acaba ahí, sino que sufre la persecución del periódico hasta hacer imposible su distribución. Y como ya reseñábamos

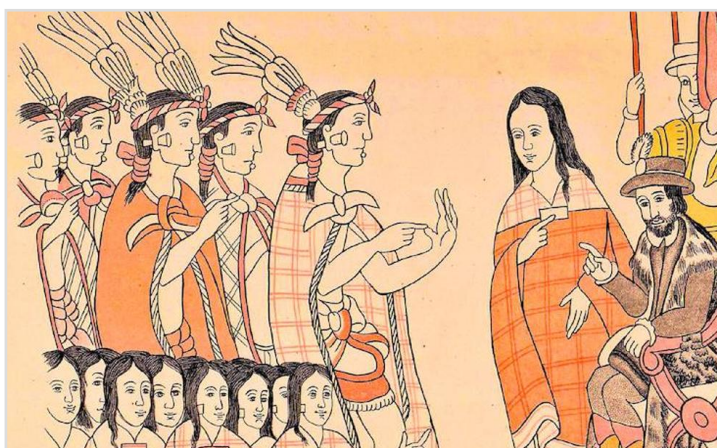
anteriormente, son circunstancias netamente ocasionales, pero que no dejan de mostrarnos una realidad cuasi física, que observamos en las dos experiencias políticas y humanas.

Como el fundador falangista, Mounier vive también los excesos de los Gobiernos autoritarios de Petáin pasando por las cárceles francesas: Vals, *Sainte Paul* de Lion... experiencias que José Antonio, con otro ejecutivo igual de autoritario aunque de otro sentido, sufre en Madrid –cárcel Modelo-, y en Alicante, de la que no salió jamás. Mounier atendió a esos periodos intermitentes de prisión y libertad, para perfilar más todavía sus tesis doctrinales e impulsar la segunda época de su Revista; un proceso que el líder falangista hizo en un tiempo anterior, cuando a raíz de su presentación en el teatro de la Comedia, 1933, proclamaba sus ideas, para posteriormente desarrollar sus discursos de los años 34 y 35, y entre ellos la idea de separar Iglesia y Estado, religión de política, tal como el mismo pensador francés proclamó y dejó escrito. Sin duda ambos líderes, apuntaban la opción personalista presente en los dos intelectuales. Si más tarde Mounier considera a la persona como “Una realidad integral no troceable” esto venía a ser en puridad, la versión francesa de la interpretación Joseantoniana de definir al hombre, en su punto 7 de la declaración de principios; “La integridad del hombre y su libertad, son valores eternos e intangibles”, afirmación que era por su propia naturaleza absolutamente inseparables.

Naturalmente todo ese cuerpo de pensamiento se adivinaba ya desde que en la década de ls treinta, coincidiendo de nuevo los dos pensadores, (Muñoz Alonso consideraba a José Antonio como un pensador), hacían un análisis muy severo de las corrientes políticas que entonces dominaban la sociedad europea: marxismo y capitalismo. El criterio de Emmanuel Mounier respecto a estas doctrinas era tan claro como contundente; en realidad se diría que su crítica a esos sistemas procedían, con toda seguridad de una cosmovisión sobre el hombre y la historia. Ya decíamos que para Mounier la persona es un todo, y a partir de ahí, dibuja un desarrollo socio-político bajo un juicio de libertad y respeto, intentando contraponer unas formas de utilización de las personas desde criterios mixtificados en mitos colectivos, y por eso su condena expresa del comunismo y el capitalismo como de esas idealizaciones creadas para la la utilización, precisamente, de las personas. Pero con igual objetividad, Mounier y el mismo José Antonio, aun desde espacios distintos, excluyen de sus comportamientos políticos los regímenes totalitarios derivados de las concepciones fascistas y Nazis que se debatían en Europa. Uno y otro rechazan sin ambages estas soluciones por más ue los dos empezaran entendiendo su aparición en el universo social, como un intento liberador de la persona pero que en seguida abandonaban el principio de libertad, por un capitalismo de Estado, dejando sobrevivir, si no amparar, las reglas de ese sistema liberal que decían combatir. Mounier declaraba en julio de 1933 una frase como premonición de las primeras palabras del discurso José Antoniano ”Ni derechas ni izquierdas”, y tal vez por la proximidad temporal, ellos se hubieran visto y comunicado sus experiencias. (*Continuará*)

Después de décadas de desinterés por parte de los estudiosos, la 'leyenda negra' se ha convertido en un fenómeno editorial en España. La 'culpa' principal le corresponde, sin duda, al libro 'Imperiofobia' (Siruela), publicado el año pasado por Elvira Roca Barea, y que se ha convertido en el ensayo más vendido de la última década, con 25 ediciones hasta la fecha. Ganador del premio 'Los Libreros Recomiendan' al mejor libro de no ficción, ha generado un nuevo interés por el estudio crítico de la propaganda histórica antiespañola, que se ha traducido en la aparición de nuevas publicaciones sobre el tema. Entre las más recientes, las obras de Pedro Insúa '1492. España contra sus fantasmas' (Ariel), y las reediciones de Iván Vález 'Sobre la leyenda negra' (Encuentro) y 'Los orígenes de la leyenda negra española' (El Paseo), del historiador sueco Sverker Arnoldsson. Prueba evidente del impacto de la obra de Elvira Roca en este 'miniboom editorial' es que los tres libros cuentan con prólogo suyo, a

modo de garantía y aval para los lectores que resultaron seducidos por la contundencia argumental de su célebre ensayo.



¿A qué obedece este repentino interés por asuntos tan lejanos en apariencia como la conquista de América, la expulsión de los judíos o la Inquisición, tres de los ejes centrales de la crítica histórica a España? No es casualidad que el éxito del libro de Roca Barea

coincidiera con el estallido del golpe institucional catalán, arropado por una gran exhibición propagandística de argumentario antiespañol. Ni tampoco que los primeros libros de la nueva hornada de publicaciones sobre el tema, como la reedición del célebre libro de 1914 de Julián Juderías 'La leyenda negra española' (Esfera), el ensayo que popularizó la expresión negrolegiendaria, o incluso 'Vamos a contar mentiras. Un repaso por nuestros complejos históricos' (Edaf), de Juan Sánchez Galera y José María Sánchez Galera, sean posteriores al año 2012, fecha en la que se inicia oficialmente el 'procés' soberanista.

En todos los casos se intuye que los juicios despreciativos de la historia de España (muy abundantemente refutados por la historiografía moderna) resuenan en el argumentario del separatismo catalán (pero no solo en él; también en el de las fuerzas políticas de izquierda con más vocación rupturista, que promueven desde hace años campañas contra la celebración



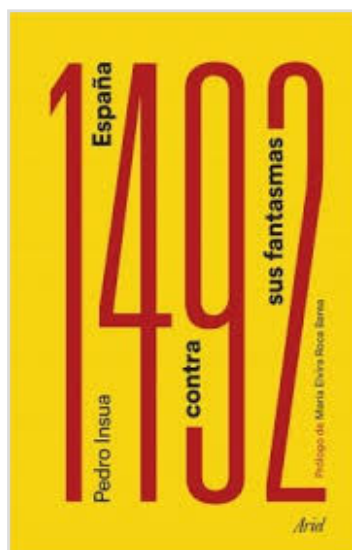
del Día de la Hispanidad). Las viejas apelaciones al oscurantismo, el atraso, la crueldad y la intolerancia españolas resucitan en el debate de boca de los líderes independentistas, y encuentran amplio eco en medios de comunicación nacionales, propiciando una sensación de incertidumbre y peligro. Añádase la inquietud generada por el fenómeno de las 'fake news' y la posverdad a partir de la desasosegante certeza de que la mentira a veces triunfa ('brexit'), y se tendrán algunos ingredientes del cóctel que explica la oportunidad de este renovado interés editorial.

«La leyenda negra ha construido una versión perversa de la historia de España, en la que todo es un horror. Y desde el momento en el que eso se asume, lo que lleva ese nombre no merece existir», explica Elvira Roca. «Entonces, te cargas de razones morales para provocar la destrucción de España. Si yo destruyo al malo, soy bueno. Esto es así de simple y de dual. Le achaco a España todas las maldades del mundo, y, como ya venía cargando con ellas desde las guerras de religión, no le va a extrañar a nadie, de modo que todo el mundo me va a creer, porque las culpas de España serán eternas». La gran aportación de Roca Barea es descubrir que este tipo de ataques no son en origen un problema exclusivo de España, sino algo que han sufrido todos los grandes imperios, y que hoy padece Estados Unidos. Lo singular es que España ha interiorizado de forma especialmente intensa esas descalificaciones externas, lo que ha sumido al país en una gran debilidad moral. El explícito intento separatista de agitar en Europa el fantasma de la España negra, exagerando la violencia policial en la jornada del referéndum, primero, y recurriendo a tribunales belgas y alemanes para cuestionar la calidad democrática de la justicia española, una vez procesados los líderes separatistas, apunta en esa dirección. Y así ha sido interpretado por los historiadores del fenómeno.

Pedro Insúa reconoce que la visión negra está omnipresente en la cultura española (literatura, cine, series, incluso en los folletos de los museos...), hasta el punto de convertirse en clave esencial de la crisis política actual. El pensador búlgaro Tzvetan Todorov llegó a decir que el odio al otro es el fundamento de España, lo que supone una deslegitimación de origen del fundamento y la reputación nacional que se basa en la visión torcida de la historia que proporciona la leyenda negra. Insúa recalca la paradoja de que en España existan partidos con asiento parlamentario, en cuyos programas figura el no reconocimiento de la soberanía nacional española.

«Ese fenómeno *sui generis*, anómalo, poco común, realmente extraño, raro, solo es explicable cuando al nombre de España lo acompaña esa sombra negrolegendaria». El resultado es que a la sombra de esa visión siniestra «operan grupos, facciones, que, cual larvas neumónidas, se alimentan de la energía nacional, pero para agotarla, buscando explícita y formalmente la fragmentación de la nación y, por tanto, su ruina». La consecuencia perversa es que hay que dedicar al mero sobrevivir las energías que deberíamos gastar en prosperar.

«Historiográficamente la tarea que hay por delante es gigantesca», afirma Elvira Roca, «porque hay que desarticular la versión oficial de la historia de Occidente para colocar en su marco preciso los hechos». Y Pedro Insúa añade: «La historia de España es un auténtico campo de batalla en el que ganar una verdad, siempre a través de la controversia historiográfica más enconada, es todo un triunfo». No en balde, la historia de España se cruzó con dos poderosos enemigos, la Reforma protestante y la Ilustración, cuyos intelectuales han terminado conformando de forma decisiva el relato de la historia moderna de Europa.



Los libros citados no son los únicos recientes que tratan el tema. El año pasado se publicó 'El demonio del sur. La leyenda negra de Felipe II' (Cátedra), de Ricardo García Cárcel, prestigioso autor de uno de los escasos ensayos que la historiografía nacional ha dedicado a la propaganda antiespañola, publicado hace ya 26 años. También se reeditó en 2017 un libro clave en la defensa de la labor española en América: 'Exploradores españoles del siglo XVI' (Edaf), del periodista, aventurero, arqueólogo e investigador norteamericano Charles F. Lummis, uno de los primeros en darse cuenta de que las cifras de indios muertos manejadas por Bartolomé de las Casas eran sencillamente imposibles.

Escribió su ensayo en 1893 y fue publicado por primera vez en castellano en 1916. Tras una concienzuda investigación sobre el terreno, Lummis, defensor de los indios, explica que «la razón de que no hayamos hecho justicia a los exploradores españoles es sencillamente porque hemos sido mal informados. Su historia no tiene paralelo». Y añade: «Amamos la valentía, y la exploración de las Américas por los españoles fue la más grande, la más larga y la más maravillosa serie de valientes proezas que registra la historia». En 2016 Vélez publicó también 'El mito de Cortés. De héroe universal a icono de la leyenda negra' (Encuentro).

El hispanista sueco Arnoldsson, en su libro sobre 'Los orígenes de la Leyenda Negra española' sitúa en el humanismo italiano el origen de la primera propaganda antiespañola – que hasta su publicación solía colocarse en la Apología de Guillermo de Orange, bastante posterior. A Arnoldsson le sorprende que los españoles sean denostados incluso por sus mejores cualidades, «y se escandaliza ante las críticas de los humanistas italianos, que consideran una barbaridad que la justicia española se empeñe en castigar delitos cometidos por gentes de la nobleza contra súbditos plebeyos», explica Elvira Roca en su prólogo al libro.

El vínculo entre la leyenda negra y la crisis de identidad nacional se aborda expresamente en el ensayo del hispanista Stanley Payne 'En defensa de España.

Desmontando mitos y leyendas negras' (Espasa), publicado el año pasado, y que no se ciñe al análisis del periodo imperial, sino que llega hasta el presente. Fernando García de Cortázar se ha sumado también este año al debate en su ensayo 'España, entre la rabia y la idea', en el que reflexiona sobre la débil conciencia nacional española, insólita en nuestro entorno. «No hay comunidad política que, disponiendo de tan firmes raíces en el tiempo y en la cultura de Occidente, se haya interrogado sobre su solidez, su pasado y su viabilidad con tan conmovedora y arriesgada inquietud», asegura el historiador, que sitúa en la Transición el origen de algunos problemas: «¿Habrá que recordar que no fuimos capaces de erradicar el nacionalismo, sino que solo lo desplazamos hacia aquellos que tenían como programa exclusivo la negación de España».

El debate sobre la leyenda negra está lejos de haberse resuelto, pero el arsenal de argumentos contra las falsas verdades de la propaganda ya es abundante y preciso. La sociedad española se rebela contra la caricatura que otros dibujaron de su historia.

4

## Una guía hispanófoba para dummies independentistas

Alfonso García Figueroa para Revista de Libros

La hispanofobia probablemente constituya la última manifestación de racismo que no sólo goza de representación parlamentaria, sino también de inexplicable respetabilidad intelectual. El último libro de Josep Maria Colomer es una prueba fehaciente de esa excepcionalidad. Es de suponer que sus generalizaciones estigmatizantes sobre españoles, hispanos o gentes del Sur habrían sido condenadas de inmediato al ostracismo si se hubieran referido a negros, musulmanes, judíos, eslavos, gitanos o personas de orientación no heterosexual; pero algo me dice que la corrección política, que tiene sus intereses y sus caprichos, contendrá su vehemencia ante esta suerte de Guía Routard por la España negra dirigida a dummies independentistas.

Según Colomer, los «habitantes de la Tierra de Conejos» (p. 15) conforman «un paisanaje que duda entre la apatía, el cinismo y la bullanga» (p. 14). Se trata de «una población devota de las tradiciones locales, que tiende a considerar que el trabajo es un castigo divino, [que está] habituada a escudriñar a cualquier extraño en la calle, inclinada a discutir en tertulias interminables y a matar el tiempo en bares y cantinas» (p. 270). En el exterior, Colomer, fan confeso de la Commonwealth (p. 13) hasta incurrir en patriotismo británico (pp. 48 y ss. y 147), se refiere con desdén a la «imaginaria» comunidad de hispanohablantes que llamamos «hispanidad» (pp. 59 y ss. y 142 y ss.) y trata de ridiculizar insistentemente las medidas de promoción de la lengua española en el exterior (desde el

Instituto Cervantes al Festival de Eurovisión (!), p. 167). Dentro de España, imputa absurdamente al castellano una tiranía lingüística (pp. 159 y ss.), de la que es precisamente víctima en Cataluña, donde se le niega al menos al 64% de sus habitantes el derecho constitucional al uso de su propia lengua castellana en las escuelas.



Ante tanta imaginación, resulta tentador suponer que nos hallamos ante una intrigante obra de ficción, pero su autor nos ha informado pronto de que estamos ante «un ensayo interpretativo» (p. 9). Aunque no conozco ningún ensayo que no sea interpretativo (cosas de las ciencias sociales), quizá Colomer quiso reconocer así la falta de objetividad y rigor de su «interpretación de varios aspectos importantes de la España actual a la luz de su historia moderna [...] [y su] interpretación de historias pasadas a la luz de la España actual» (ibídem). Esa será la única luz que brillará en las páginas de este libro lúgubre y sórdido, que se empeña en sumir a nuestro país en sombras y tinieblas hasta volverlo irreconocible a la luz (ahora sí) de la evolución que durante los últimos cuarenta años han experimentado la economía, la cultura democrática, la educación, la sanidad, la protección social, las mores, las Fuerzas Armadas, el arte, la cultura, la descentralización, la integración en Europa o las políticas de género. Y, sin embargo, apenas existe algo, ya sea en estos cuarenta años de éxito constitucional o en nuestra historia más remota, que merezca no ya el aprecio, sino el respeto de Colomer. Bien pensado, la falta de ecuanimidad de este libro resulta tan burda que quizá sólo halle su lugar en el subgénero de terror propagandístico de la leyenda negra hispanófoba, a cuyas servidumbres los españoles nos hemos resignado durante siglos. María Elvira Roca Barea ha identificado en Imperiofobia y leyenda negra algunos tópicos recurrentes que el libro de Colomer viene a satisfacer, se diría que de manera obediente: inmisericorde crítica interior, inexplicabilidad del imperio, racismo o elitismo y respetabilidad intelectual. Veámoslo.

La inmisericorde crítica de los propios españoles es de todos conocida y casi por todos practicada, y hacerlo con algo de rigor y elegancia sería de agradecer, pero Colomer renuncia a ello. Siguiendo un método sensiblemente anecdótico, busca confirmación de tesis etnográficas en un «refrán» (sic) como «más papistas que el papa» (p. 43) o en el tango Cambalache, que aparece por ahí (pp. 96 y ss.), no se sabe muy bien en apoyo de qué. Quizá por una vocación divulgadora que se le ha ido de las manos, el autor nos descubre citas que jamás habíamos escuchado, como «¡Que inventen ellos!», «En España, investigar es llorar» o fuentes desconocidas como el «Vuelva usted mañana» de Larra (p. 29). No contento con tal exhibición de erudición, consigna la aclaración wikipédica de que Quevedo fue un «cortesano gruñón y escritor satírico» (p. 34), lo cual no se sabe bien si responde a las pocas

luzes que espera de su lector objetivo o al poco interés que tiene por la historia de nuestra literatura, lo cual se confirmaría por vía estilística en el castellano anodino en que está escrito el libro. Tras sus simplistas referencias a la picaresca española (pp. 94 y ss.) late una preocupante confusión de fantasía y realidad, necesitada con urgencia de diagnóstico oftalmológico. En la distorsionada España de Colomer, se diría que los españoles vivimos inmersos en el Pascual Duarte de Cela o en Las Hurdes de Buñuel. Y ya que Colomer bucea o chapotea en la literatura de nuestro Siglo de Oro para buscar en ella las esencias del pueblo español, podría haber considerado la opinión de algunos especialistas que nos han mostrado cómo nuestros escritores adoptaron en muchos casos la narrativa de la Leyenda Negra en un ejercicio de lo que se ha denominado a veces «autoetnografía». Autoetnografía es la estrategia que siguió la gran Tina Turner cuando ofreció a la audiencia supremacista wasp lo que quería ver: el estereotipo de la mujer negra hipersexualizada. Pues bien, algo semejante hizo Lope de Vega cuando caracterizó a su arquetipo español tal y como quería el resentimiento acumulado por tantas potencias sometidas al poder español.

La tesis central del libro consiste en que España es un Estado que se lanzó a construir un imperio demasiado pronto (como si uno fuera previendo esas cosas), sin haber consolidado previamente un Estado. Ciertamente, de haber contado con satélites geoestacionarios, Felipe II podría haber organizado mejor su expansionismo y tampoco habría estado mal disponer de portaviones nucleares; por no hablar de oficinas de planificación familiar, talleres de género y ombudsmen; pero reprender a aquellos gobernantes de hace cinco siglos por haber carecido de más vista, de instituciones más modernas y de mejor tecnología parece poco caritativo; aunque no sea necesario entrar en detalles, porque de lo que se trata aquí es del segundo rasgo de imperiofobia de Colomer: la inexplicabilidad del imperio. Lo que Roca Barea llama «síndrome del Imperio inconsciente» es un elemento vertebrador del libro de Colomer, quien asegura que España en 1492 (cuando «se jodió», dice él, en la página 12) era «tan pobre como [la] Gambia» actual (pp. 25 y ss.). Se trata de un anacronismo irrelevante cuando consideramos que Roma podría tener en el siglo VIII a. C. un presupuesto más pobre que el de Pineda de Mar, por ejemplo; algo que, por cierto, sólo extrema mi admiración ante las formidables disposiciones de una comunidad capaz de progresar cohesionada en pos de un ideal como el de la *æternitas* romana. Cuando Colomer trata de explicar por qué España no pudo mantener sus quince millones de kilómetros cuadrados de imperio, en realidad está buscando otra cosa. A Colomer, el imperio español no le parece tanto inexplicable cuanto injustificable. Lo que quiere decir (aunque él quizá no lo sepa o no lo quiera confesar) es que los españoles no merecían su imperio. Quizá lo merecieran los ingleses o los franceses; quizá los catalanes, quizá los vascos; pero no los españoles. Pero no se lo tomemos a mal. Al fin y al cabo, ni los intelectualistas (y xenófobos) griegos se explicaban el éxito de los incultos romanos; ni los sofisticados europeos salen de su estupor ante la hegemonía gringa; ni los refinados humanistas italianos, ni los ilustrados franceses en sus salones, ni los erasmistas nórdicos pudieron (i. e. quisieron) explicarse jamás la hegemonía española. Hispania, simplemente, non placet, dirá Erasmo y no gusta,



para más inri, porque los españoles éramos sospechosos de sangre turbia, mora y marrana. Nos llaman racistas los racistas (pp. 155 y ss., por ejemplo), como nos confirma Colomer cuando concede valor «explicativo del caso español» (de «nuestra mezcla de pueblos», p. 270, pero también de «los países a lo largo del Ecuador», p. 51) a la afirmación de Montesquieu de que en lugares de clima caluroso «no hay curiosidad, ni empresa, ni generosidad de sentimiento; las inclinaciones son todas pasivas; la indolencia constituye la mayor felicidad» (p. 27). Con elitismo entreverado de bobalicona anglofilia (pp. 48 y ss.), Colomer desprecia a diestro las manifestaciones culturales y religiosas de toda España (pp. 152 y ss.), y a siniestro nuestros movimientos obreros «primitivos, rebeldes y asilvestrados» (pp. 106 y ss.) e «intelectualmente débiles» (p. 108). De la quema no se libra ni el liberalismo de «La Pepa», Constitución tan liberal que cedió su calificativo a todos los liberales que en el mundo han sido. Y, por no gustarle, a Colomer no le gusta ni siquiera el fútbol. La verdad es que a mí tampoco me vuelve loco, aunque desconocía yo que sólo moviera masas en nuestro país (pp. 177 y ss.). Aunque en unos términos sospechosamente vagos («la corrupción está más extendida que en la mayoría de los países europeos», p. 104), me parece bien que Colomer se queje de la corrupción, si bien considerarlo un fenómeno singularmente hispano me parece ir demasiado lejos.

Quizá la hispanofobia sea el último reducto de racismo biempensante, porque se ha considerado conveniente mantenernos presos de la ambigua condición de etnia opresora y oprimida. Se nos desprecia, así, por ser los más pobres y los más poderosos (a pesar de que no seamos ni lo uno ni lo otro) y con tal pretexto se nos persigue en lugares tan diversos como Estados Unidos (wetbacks) o Cataluña (charnegos). El libro que aquí se reseña es en sí mismo una prueba de esa hispanofobia reinante y del buen tono que la ampara. No deja de ser significativo, en fin, que su autor lo concibiera desde la cátedra Princesa de Asturias en Georgetown (Estados Unidos), una plaza impulsada, como cabe imaginar al estar así bautizada, con el noble fin de defender, entre otras cosas, el buen nombre de nuestro país. Tras conocer este libro y su circunstancia, ¿cabe sorprenderse de que fuera también titular de esa cátedra la fugitiva de la justicia, Clara Ponsatí, protagonista de la algarada de octubre en Cataluña? ¿Cuándo dejaremos de echar piedras sobre nuestro propio tejado?

5

## El correo de Tánger de Fernando de Artacho

María Fidalgo Casares para Infosevilla

Primera incursión de Fernando Artacho en la novela policiaca Historia, espionaje acción y amor confluyen en una novela ” que se lee del tirón”. Pese a la confluencia de diferentes actos en la ciudad, un nutrido y selecto público se congregó en la librería Verbo

para asistir a la presentación del último libro del polifacético abogado, historiador y escritor Fernando de Artacho titulado " el Correo de Tánger" editado por Algaida.

El editor abrió el acto con una brevísima intervención ponderando la dimensión literaria de Fernando de Artacho y su versatilidad en las coordenadas espacio-temporales que le hacen ser un escritor muy solvente tanto en temas del SXVII y SXVIII como en la época contemporánea. Y como muestra de ello, esta última obra que el autor ambienta en el Tánger de la inmediata posguerra y la Segunda Guerra Mundial.



Después, tomó la palabra el catedrático y miembro de la Academia Andaluza de la Historia Miguel Cruz quien consideró que " Fernando de Artacho era uno de los novelitas más interesantes del panorama actual" y pasó a desgarnar el intenso currículum del escritor: Presidente de la Academia andaluza de la Historia abogado, historiador, colaborador de prensa y más de 30 libros en su haber de temas aristocráticos, nobiliarios, cofrades.. y de pura novela histórica con la que llegó a ganar I Premio Ateneo de Sevilla con "La Gubia del Alumbrado".

Siguió repasando las características de la novela histórica que para Cruz es un género "que requiere un gran esfuerzo por el estudio e investigación que debe desarrollarse para afrontar una obra de cierta enjundia y la facultad de poder articular un argumento con garra que supere el conflicto entre novela y ficción".

Miguel Cruz sintetizó la trama de la obra, que es protagonizada por un joven falangista de origen alemán que con la llegada de la Guerra Civil por su aspecto germano y ser políglota, es reclutado por el servicio secreto español. Entre sus misiones se le encomendará asistir al viaje del reichführer Heinrich Himmler y a la entrevista entre Franco y Adolf Hitler en Hendaya; También se trasladará a Tánger donde con falsa identidad debe recuperar unos importantes documentos, que podían provocar la entrada de España en la Guerra Mundial.

En relación al acto de presentación, Miguel Cruz quiso recordar que el evento se desarrollaba en un escenario único para el autor, ya que la librería Verbo se ubica en el antiguo Teatro Llorens de intensas relaciones familiares con el escritor Fernando de Artacho. Ello le hizo recordar la figura de su bisabuelo Llorens, entre otras facetas, gran bibliógrafo, gran empresario y reivindicó su figura como primer organizador de la primera gran Cabalgata de Sevilla, tal y como anunció que demostrará en un nuevo libro. Artacho confesó que en la trama de su novela había paralelismos con personajes reales y que se había

inspirado en varias familias sevillanas y que incluso como licencia había introducido a su abuelo Pérez Blázquez muerto en la batalla de Brunete.

Reconoció que la mayor dificultad para él fue ambientarse en el Tánger de la época, lo que logró a través de películas y fotografías y como recurso narrativo, que era la primera vez que abordaba la narración en primera persona.

“*El Correo de Tanger*” es una novela ágil de ritmo trepidante donde confluyen aventuras, acción y amor en un fresco histórico que atrapa la atención del lector desde la primera página. Primera incursión de Fernando de Artacho en el género policíaco que confirma la versatilidad de un autor con una de las trayectorias más sobresalientes de nuestro país.

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores. Para cualquier comunicación sobre este boletín o para recibirlo periódicamente en su buzón puede dirigirse a [fundacionjoseantonio@gmail.com](mailto:fundacionjoseantonio@gmail.com)